



**CARTA
PASTORAL**

QUE

EL ILLMO. SR. OBISPO DE PAMPLONA

DIRIGE Á SUS DIOCESANOS

con motivo de la Santa Cuaresma.



PAMPLONA:

IMPRESA Y LIBRERÍA DE ERASUN Y LABASTIDA,

Mayor, número 15,

—
1888.



NOS EL DR. D. ANTONIO RUIZ-CABAL Y RODRIGUEZ,
POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA
SANTA SEDE APOSTÓLICA, OBISPO
DE PAMPLONA, ETC., ETC.

A Nuestros muy amados el Dean y Cabildo de la
Santa Iglesia Catedral, Prior y Cabildo de la Real Co-
legiata de Roncesvalles, Clero y demás fieles de Nuestro
Obispado, salud y paz en Nuestro Señor Jesucristo.

"Nemo vos seducat inanibus
verbis,,

(Ad Ephes. c. 5, v. 6.)

Nadie os seduzca con falsas
palabras.

(S. Pab. á los de Efeso c. 5, v. 6.)

Amadísimos Hijos Nuestros:

El tiempo santo de la Cuaresma, que vá á co-
menzar, Nos pone en la necesidad, siempre grata
á Nuestro corazón, de dirigiros la palabra del mi-
nisterio; esto es, la palabra pastoral. Ya procura-
mos hacerlo con frecuencia en todo tiempo; por-
que resuena en Nuestros oídos siempre la palabra

del Apóstol, escribiendo á su discípulo Timoteo: *prædica verbum*: (1) así que lo hemos verificado, durante el tiempo que llevamos entre vosotros, en más de trescientas ocasiones, en las ciudades y villas, y en otros lugares de Nuestro Obispado, con motivo de la Santa Pastoral Visita. Ahora sin embargo, lo queremos hacer de una manera más general, pública y solemne, por medio de esta carta dirigida á todos Nuestros Diocesanos. No podemos olvidar que somos deudores á los grandes, como á los pequeños; á los sabios y á los ignorantes; á los doctos y á los indoctos; (2) porque todos igualmente, amados hijos, sois para Nos verdaderamente carísimos. (3) Por eso con franqueza evangélica hablaremos para todos, puesto que la palabra de Dios, de que somos depositario, aunque indigno, no está ligada ni á tiempo, ni á cierta clase de personas; (4) pero siempre es útil, como dice el Apóstol San Pablo, para enseñar, para argüir, para corregir en justicia, perfeccionando al hombre, que es de Dios, y disponiéndole para toda obra buena. (5)

No quiera Dios que en el día de la cuenta seamos anumerados entre aquellos pastores, de quienes se quejaba el Señor de Israel por medio de sus Profetas; porque desleales cuidaban solo de apacen-

(1) 2.^a Tim. c. 4, v. 2.

(2) Rom. c. 1, v. 14.

(3) 1.^a ad Thesal. c. 2, v. 8.

(4) 2.^a Timoth. c. 2, v. 9.

(5) 2.^a Timoth. c. 3, v. 16 et 17.

tarse á sí mismos; (1) y no levantaron al caído; ni al enfermo curaron; ni ayudaron al necesitado; ni instruyeron al ignorante.

No queremos, amados hijos Nuestros, ser perros mudos (2) ni experimentar en Nuestra alma el acerbo remordimiento de haber callado, cuando debíamos hablar en cumplimiento de Nuestro deber altísimo; levantando Nuestra voz á manera de trompeta, (3) que pueda oirse en todos los lugares: así descargamos Nuestra conciencia.

No queremos tampoco buscarnos á nosotros mismos; que, si lo intentáramos siquiera, no tendríamos sino motivos de gran confusión al contemplar Nuestra pequeñez. Queremos solo buscar á Jesucristo: y que su reinado pacífico en el mundo sea reconocido; y su ley santa, que convierte á las almas, (4) guardada. Dios Nuestro Señor, cuya mayor gloria busquemos, es testigo de que os decimos la verdad. (5)

¡Ay, amados hijos!: el soplo funesto de contaminación en Nuestros días aciagos ha subido hasta los que parecían lugares más elevados y puertos más seguros; viciando el aire saludable, que se había venido respirando constantemente en las montañas más altas, las cuales por su proximidad á las nubes recogieron con abundan-

(1) Ezechiel, c. 34, v. 2.

(2) Isaías c. 56, v. 10.

(3) Isaías c. 58, v. 1.

(4) Psalm. 18, v. 8.

(5) 2.^a Cor. c. 11, v. 31.

Universidad de Deusto
Biblioteca
cia en tiempos más felices los rocíos fecundantes del Cielo.

No hay duda de que los días, que corremos, son malos; y parecen próximos aquellos momentos de peligro, que vendrán á lo último, de que habló el Apóstol San Pablo. (1) Lo vemos con toda claridad al contemplar con dolor profundo que la reina de las naciones está viviendo en servidumbre, peor que Jerusalen, tributaria de los extranjeros. (2) Echemos una ojeada por los imperios diversos de la tierra, y veremos esclavizados, y arrastrando el peso de más ó menos duras cadenas, á los que por gracia de Dios son hijos de la libre Sara; esto es, de la Iglesia de Jesucristo: y eso que fueron libertados por este. (3) Debemos convencernos de que la lucha empezada con el hombre en el mundo entre la Ciudad de Dios y la Ciudad del Diablo, homicida desde el principio, (4) entre el bien y el mal, la verdad y el error, ha crecido espantosamente; amenazando á la sociedad una irrupción temible, más aun que la de los bárbaros.

En Nuestra calidad de centinela en el alcázar de la Fé procuramos vivir alerta; y os lo decimos francamente, amados hijos, no dormitarémos, ni menos habríamos de dejar que Nos ocupase to-

(1) 2.º Timot. c. 4, v. 3.

(2) Jerem. Thren. c. 1, v. 1.

(3) Galat. c. 4, v. 31.

(4) Joan. c. 8, v. 44.

talmente el sueño, (1) descansando con tranquilidad, habiéndonos encargado por el Príncipe de los Pastores la custodia y defensa de la Ciudad. En verdad que Nos inquieta el temor de ser reprendido por Nuestro severo Juez con las palabras significativas de la Santa Escritura; *custos æquid de nocte?* (2) Centinela ¿qué has hecho en medio de la oscuridad, en que tratan de envolver á la doctrina sencilla y clara del Evangelio y á las enseñanzas de la Iglesia? Pero con la ayuda de Dios Nuestros enemigos caerán; mil á la izquierda, y á la derecha diez mil; (3) y entretanto Nosotros nos gloriaremos invocando siempre el Nombre Santo del Señor. (4)

Y no solo os debemos enseñar la Fé y la verdad en el orden religioso, con exclusión completa de cualquier otro Maestro que no haya recibido misión por parte Nuestra, porque en Cristo Jesús yo solo soy vuestro Padre; (5) sino que os hemos de señalar los fundamentos solidísimos, sobre los cuales está establecido el edificio sobrenatural, que reconoce por Autor al mismo Jesucristo, Hijo de Dios vivo, á la vez también que es verdadero Hombre. De esta esperanza firme, que abriga Nuestro pecho, estamos dispuestos á rendiros

(1) Psalm. 120, v. 4.

(2) Isaias c. 21, v. 11.

(3) Psalm. 90, v. 7.

(4) Psalm. 19, v. 8.

(5) 1.º Cor. c. 4, v. 15.



cuenta, como quería el Apóstol San Pedro, (1) dando expansión á vuestras almas católicas con la luz brillante de la demostración filosófica, que vindica esclarecidamente á la revelación de Dios, enseñada con autoridad infalible por Nuestra Santa Madre la Iglesia. (2)

Cada época, amados hijos, ha tenido sus errores como es de ver registrando la historia; y en cada siglo la verdad ha sido combatida de modos muy diversos; pero en el nuestro, siglo en verdad de grandes adelantos materiales y de grandes retrocesos en el órden moral, los enemigos de la Fé con aire de filósofos han aprovechado toda la labor de los tiempos anteriores, y revistiendo con capa de novedad trasnochadas teorías, han tomado posiciones allí precisamente, donde podían hacer más ruido, y conseguir con más facilidad su intento; sustentando antiguo error mil veces pulverizado.

El panteísmo, que es llamado con razón la herejía del siglo XIX, y que ha llegado á merecer justamente el ser contado en primer lugar entre los errores condenados en el Syllabus, ó Catálogo de proposiciones reprobadas en época no lejana por la Santa Sede, es el error á que antes Nos referíamos; y que os denunciarnos en esta carta, para que os apartéis de él, sea cualquiera la forma en que se os presente; porque siempre será

(1) 1.^a Petri c. 3, v. 15.

(2) Matth. c. 16, v. 18 seqq.

contrario al primer artículo de Nuestra Santa Fé, que enseña la existencia de un solo Dios Todopoderoso, Criador del Cielo y de la tierra.

Refutado el panteísmo, siquiera sea ligeramente, y de un modo claro, sencillo y al alcance de todas las inteligencias, caerán por su propio peso, y como consecuencia lógica, el naturalismo y el racionalismo absoluto, que son á la verdad hijos proscritos de un padre condenado: ó, si quereis más bien, arroyos envenenados, que nacen de fuente corrompida.

I.

Hablando de los falsos filósofos y pretendidos sábios de este siglo el Sumo Pontífice Pio IX, de Santa memoria, decía en su Alocución de 9 de Junio de 1862, que lastimosamente y por desgracia para ellos habían subido á tal grado de osadía é impiedad, que querían penetrar en el cielo y arrojar de su trono, quitándolo de en medio, al mismo Dios. Parece que llenos de satánica soberbia repiten las palabras de Lucifer: «subiré al cielo, colocaré mi trono sobre las estrellas, y me haré semejante al Altísimo.» (1) Con maldad insigne, añade el citado Pontífice, y grande necedad no tienen reparo en asegurar con toda firmeza que no existe ningún Ser Supremo, dotado de Sabidu-

(1) Isaías c. 14, v. 13.

ría infinita y Providencia, distinto de la universalidad de las cosas: que Dios no es más ni menos que la naturaleza misma, sujeto por consecuencia á continuas mudanzas: que siempre se está realizando en el mundo y en el hombre; que todas las cosas son Dios, y tienen la misma sustancia de este, que se confunde con el mundo; del mismo modo que el espíritu se confunde con la materia, la necesidad con la libertad, lo verdadero con lo falso, lo bueno con lo malo, y la justicia con la iniquidad. Ciertamente que nada hay más absurdo, ni más impío, ni que pueda pensarse más contrario y repugnante á la misma razón. Hasta aquí el Doctor universal de los cristianos sentado en la Cátedra de la verdad para enseñar á todas las gentes.

II.

Y en efecto, amados hijos Nuestros, que nos enseña la revelación, y al mismo tiempo nos demuestra la razón que existe un solo Dios Omnipotente. Por aquella le reconocemos no solo como Autor de la naturaleza, sino también de la gracia y de la gloria eterna: ilustrados por la Fé se le conoce mejor, más pronto, con mayor facilidad y certeza; y sin peligro de caer en los errores crasísimos, en que incurrieron muchos filósofos, que no fueron alumbrados por los resplandores de aquella luz. ¡Ah! ¡qué dicha tan grande

es creer; y con cuánta razón envidian la suerte del creyente aquellos hombres, que, acaso en justo castigo de su soberbia, han llegado á perder este Don inestimable! El hombre de fé no tiene necesidad alguna de acudir á la razón, para que le demuestre con entera seguridad, y con pruebas irrefragables la existencia de Dios con todas sus perfecciones. Esta verdad suprema se la garantiza la revelación suficientemente, y de una manera clarísima. La razón, sin embargo, es bastante para convencer á cualquiera de la existencia de un Dios, que debió existir necesariamente ántes de la formación de la tierra y el orbe; esto es, desde toda la eternidad. (1) La misma nos persuade, siempre en armonía con la fé, de que en Él está la fuente de la vida, (2) y que la comunica á los demás séres; siendo por lo mismo Creador de todas las cosas: (3) que pudiendo haberlas dejado en el orden de mera posibilidad, las pasó de la lobreguez y tinieblas de la nada á la luz y realidad de la existencia: (4) infiriendo rectamente que sin Él nada ha sido hecho de cuanto hay en la creación; (5) la cual en último término no es otra cosa, que argumento de su caridad, prueba de su amor. Para satisfacer la exigencia de su mismo ser, que es el bien, (6) y por ende difusivo de

(1) Psalm. 89, v. 2.

(2) Psalm. 35, v. 10.

(3) Joan. c. 1, v. 3.

(4) 2.^a Cor. c. 4, v. 6.

(5) Joan. c. 1, v. 3.

(6) Exod. c. 33, v. 19.

si mismo, crió el cielo y todos los planetas; el agua y todos los peces; el aire y todas las aves; la tierra y todas las plantas. (1) En justa reciprocidad los cielos mismos cantan su gloria y el firmamento celebra la obra de sus manos: (2) y el hombre pensador no puede menos de exclamar: *Magnus Dominus et laudabilis nimis*: (3) pero el creyente repetirá con el Espíritu Santo en el libro de la Sabiduría (4) que es de todo punto inescusable el hombre cuando, maravillado de la grande obra del mundo, se atrevió á deificarla; esto es, á confundirla con el mismo Dios; negando á este su existencia personal y viviente, superior á toda la creación; en lo que precisamente está el panteísmo: error funesto, que en último término no es otra cosa que la proclamación del ateísmo: esto es, la negación de Dios: porque es lo mismo suponer que Dios se confunde sustancialmente con el mundo, que decir que no existe Dios. Un Dios lleno de todas las imperfecciones y defectos del mundo, no es Dios, ni puede serlo.

III.

La doctrina panteísta, ó sea la confusión de Dios con el mundo, es un error antiguo; y se presenta en la historia bajo dos formas bastante diversas,

(1) Genes. c. 1 v. 1 seqq.

(2) Psalm. 18 v. 1.

(3) Psalm. 47 v. 1.

(4) Sap. c. XIII v. 2 et 3.

y aun puede decirse contrarias; sin embargo, esa forma doble es el vestido abigarrado de un error fundamental: á saber; no hay otra cosa que la naturaleza y el mundo: y si á este se le llama Dios, ó á la otra se la designa por este nombre, es debido solo á falta de valor en el panteísta para declararse ateo.

El materialismo y el panteísmo son las dos grandes manifestaciones históricas del error trascendental de la confusión del universo con Dios. El primero deriva el mundo de una porción de principios generadores, ó átomos: el segundo fija uno solo superior; pero que sustancialmente no se diferencia del mismo mundo.

No existe otra cosa que la materia, dice el materialista: aquella lo es todo, y nada hay fuera de la misma en la escala de los seres; desde el más imperfecto, hasta el hombre. Nada hay fuera de la materia primordial, la cual ni tiene inteligencia, dicho sea de paso, ni es viviente: no hay, pues, que hablar del alma, ni de la conciencia, ni de la libertad, ni de Dios. Tal es el materialismo de la escuela jónica, que no se diferencia del de nuestros días.

Lo gratuito de esta doctrina funesta está conocido con solo atender á que la esencia de la materia primordial, que debe explicar todo lo existente, es desconocida por completo; y esto por confesión de los mismos que la establecen; como también es desconocido el mundo de los cuerpos en su íntima naturaleza. Luego entónces se trata



de explicar una oscuridad por otra oscuridad mayor; y lo desconocido por un medio, que no se conoce.

IV.

Amados hijos Nuestros: habeis visto que se establece por los materialistas, como principio de todo cuanto existe, la materia. Pero este principio debe ser múltiple; porque es evidente que la materia no es una. Por otra parte la multitud de átomos, que existe en la naturaleza, es innumerable; luego deben ser innumerables los principios de todo aquello, que tiene existencia: átomos sin extensión, indivisibles, excesivamente numerosos, y que no pueden caer bajo el imperio de los sentidos, escapándose á la percepción más delicada. ¿Y por dónde podrían probar su existencia los que no admiten otro argumento concluyente, que el experimento, ni otra razón valedera, que el microscopio, asegurando que nada hay verdadero, ni nada real, sino solo aquello que puede ser objeto de peso y de medida; siendo todo lo demás pura ilusión y desvarío?

Pero hay más: si se admiten los átomos como principio absoluto de todo lo que existe, estos átomos serán eternos, puesto que ellos no tienen principio; pero si son eternos deberán ser inmutables, puesto que así como el tiempo es la medida de la mudanza, lo eterno es la medida de la

inmutabilidad. Y los átomos siendo simples, y así se supone, con su aglomeración formarían los cuerpos, que son compuestos: y careciendo de inteligencia, en el mismo sistema, la producen: no son libres, y producen la libertad: ni son vivos, y producen la vida: ni son inmutables, y producen el espíritu. ¡Misterios inexplicables del materialismo! ¡cuántas inconsecuencias y contradicciones! Verdadera puerilidad de los llamados filósofos de esta escuela, decía un sabio; porque hablan de la naturaleza como de una especie de existencia personal distinta del Criador, y distinta de las obras que Él ha hecho; que llevan impreso el sello de su poder y sabiduría. No es, pues, en verdad, otra cosa el materialismo, que la pantalla, detrás de la cual se esconden los que quieren apartarse de Dios. El materialismo práctico, que mira y atiende solo á buscar el goce y la materia, como el mayor, y mejor dicho, el único bien de la vida, ha discurrido ó inventado el materialismo teórico, como su fórmula científica, y la justificación completa de su conducta deplorable, extraviada ó inmoral.

V.

Mas pasemos luego á la segunda manifestación del error trascendental, que reconoce por origen la confusión sustancial de Dios con el universo; y que en sus aplicaciones prácticas, lo mismo que

en el influjo, que ejerce sobre la humanidad, es emulo del materialismo. No reconoce, como este, multitud de principios: uno solo admite el panteísmo, para explicar la existencia de todo cuanto hay; pero este principio único no es, como enseña la Revelación divina, la causa de toda existencia, que se diferencie por tanto, y esencialmente de todos sus efectos: no es ese principio el Dios vivo, personal, consciente y libre, que existe fuera del mundo, y en el mundo mismo, y en todas partes: presente por su esencia, dando el sér á todas las cosas, por su presencia viéndolo todo claro y abierto delante de sus ojos; y por potencia porque todas las cosas están sujetas á su poder. El Dios del panteísmo es un Dios unido sustancialmente á todos los séres, por medio de los cuales se manifiesta; en ellos se realiza, y con ellos se relaciona; pero no como la causa con su efecto; sino como la sustancia con sus accidentes: así que, conservando el nombre de Dios y los de sus perfecciones ó atributos, se adorna el panteísmo, por medio de su terminología, con un ropage deslumbrador y espléndido; mas tan pronto como se levanta este vestido, aparece luego una figura pálida, sin animación, sin vida, y cuyo aspecto tristísimo no puede menos de infundir horror al hombre que la contempla.

Pugna el error panteísta con las nociones más claras, y las verdades mas sencillas: porque la sustancia única y divina, que admite, es en toda pureza la negación de todas las sustancias fini-

tas, que existen: estas, en la hipótesis que combatimos, no serían mas que formas ó manifestaciones de la única sustancia infinita: ó lo que es lo mismo, no existen criaturas distintas del Creador: cae por tierra la creación de todas las cosas, que, según la desgraciada escuela, son únicamente atributos de Dios.

Además, si el mundo no fuera sustancialmente diverso del ser infinito, del Dios verdadero; sino que fuera solo un modo y accidente de este, entonces habría homogeneidad entre Dios y el mundo; como la hay entre el alma y sus manifestaciones ó atributos; ó lo que es igual: las cosas del mundo, manifestaciones de la sustancia eterna, necesaria é infinita, serían á su vez infinitas, necesarias, y eternas; porque la esencia no puede menos de revelarse en sus manifestaciones.

VI.

Y ¿por ventura se necesita mucho estudio, ni grande observación, para convencer plenísimamente á cualquiera de que las cosas del mundo no revisten ese carácter de eternidad, necesidad é infinidad, que debieran ostentar los atributos de una sustancia adornada con las mismas condiciones? Ciertamente que no. A poco que nos fijemos las veremos nacer y morir: son temporales, finitas y contingentes; muy distintas entre sí, y

teniendo cada una de ellas una vida separada, concreta é individual. Y esto es evidente.

Si todos los séres múltiples, que existen en la creación sumaran una sola sustancia, como quiere el panteísmo, esta sería á la vez espiritual y material, inteligente y racional, libre y necesaria, y ¿quién no ve el absurdo en todo esto? Luego hemos de convenir en que todas las cosas del mundo son diversas entre sí, según su naturaleza; no emanadas necesariamente del Ser infinito; sino creadas libremente por el arbitrio de su voluntad suprema. ¡Qué luz tan clara derrama en las inteligencias, y qué verdad tan sencilla, al par que sublime, encierra en su fondo aquella frase de la Sagrada Escritura; *omnia quaecumque voluit, Dominus fecit in caelo, in terra, in mari et in omnibus abyssis!* (1) y como dice un Santo Padre, *non pro necessitudinis obsequio sed pro libero suae voluntatis arbitrio.* (2)

VII.

Pero si Dios, principio absoluto, no hubiera creado el universo entero, compuesto de la multitud innumerable de seres que existen, y que son tan diversos, según su naturaleza, no habría otro remedio, que establecer que el mundo se había dado el ser á sí mismo, emanando las unas cosas de las otras. Prescindiendo del absurdo incalifi-

(1) Psalm. 134, v. 6.

(2) S. Ambros. de fid. Lib. 2, cap. 6.

cable que resultará suponiendo á la nada en acción, en la hipótesis panteísta, del hombre, que es lo más excelente del mundo, deberfan haber emanado todas las demás cosas; á no decir que lo más imperfecto y rudimentario había producido á lo más perfecto y completo; ó sea, que lo menor ha producido á lo mayor. Mas ¿quién podrá afirmar que del hombre emanaron los demás seres, al contemplar que siendo rey de la creación es sin embargo la más delicada entre las criaturas, y el más débil de todos los seres organizados; sin que pueda concebirse fuera de la tutela cuidadosa de la naturaleza misma, que le proporciona el alimento indispensable, y le socorre solícita, proporcionándole remedio para todas las múltiples necesidades, que de continuo le rodean?

De lo dicho es lícito inferir que, si el principio del hombre no puede encontrarse en la naturaleza inferior á él, ni este por otra parte puede ser el principio de aquella, la razón última de todo se ha de buscar precisamente en un punto superior, fuera del mundo sensible y de toda la naturaleza limitada, la cual es de suyo caduca y contingente.

VIII.

Que el panteísmo es contrario á la Fé cristiana está al alcance de todos. Aquella nos enseña en el primero de sus artículos que hay un solo Dios Todopoderoso, el cual al principio, y con el tiem-

po mismo, sacó de la nada todas las cosas, visibles ó invisibles, según está consignado en las Santas Escrituras. De estas ha sacado la Iglesia motivo para sus definiciones, formuladas en diferentes Concilios, condenando ya á los herejes, que erraron acerca de la simplicidad de Dios, la cual es incompatible con la teoría panteísta; ya á los que establecieron principios contrarios á la narración del Génesis acerca de la creación de todas las cosas, que por solo la virtud de la palabra divina fueron sacadas de la nada. Solo así puede explicarse la naturaleza del espíritu humano, resultado del hálito de Dios, infundido en el cuerpo del primer hombre, hecho á su imagen y semejanza. Solo así se explican los hechos inmediatos de la conciencia, la historia, el mérito y demérito de nuestras obras, la libertad humana, y la independencia del espíritu, que dignifica al hombre.

Por el contrario, en el sistema panteísta todo obedece á una ley ó fuerza, que obra por necesidad de su condición; y todo el mundo está sujeto á un estatuto indeclinable: todo es resultado ó manifestación de esa sustancia universal, de esa vida única, de esa alma del universo. Y ¿dónde van á parar entónces la responsabilidad moral, el albedrío libre, el bien y el mal, la virtud y el vicio, el error y la verdad? Es horrible el espanto, que se produce en este caso por el nihilismo completo, á que queda reducido el entendimiento del hombre, y su alma libre.

Ya no puede extrañarse que el panteísmo, al pasar á la vida práctica y social, cuando el vulgo indocto, pero lógico en ocasiones, le hubo arrancado el tinte idealista, que ha marcado á sus principales sistemas, especialmente en los últimos tiempos; y cuando ha tirado del velo que cubría la sombra horrible y tristísima de una fatalidad desesperante; cuando ha podido contemplar de cerca, y sin disfraz alguno, la obra de los mal llamados filósofos panteístas, lo ha traducido en comunismo y en socialismo. No hay remedio: negado el Dios viviente y personal, distinto del mundo y superior al mismo, el hombre desde luego se coloca en su puesto arrebatándole el cetro. Hed aquí el nacimiento ó aparición del Dios Humanidad, del Dios Pueblo, y del Dios Estado; ante cuya flamante Divinidad todo ser concreto, toda individualidad debe doblar su rodilla ó inclinar la cabeza. Estas consecuencias han decidido á algunos espíritus más rectos y menos preocupados á correr hácia la Fé, y á abrazar la doctrina cristiana. Entre el fango asqueroso del materialismo, y la confesión del Dios vivo con todas sus consecuencias, escogieron felizmente la última. Abandonaron la ciencia soberbia del siglo, la cual no alumbraba pero hincha, y se decidieron en último término por la Fé, que dá luz á las almas y llena de consuelos el corazón. Más se aprende en el Catecismo de la Doctrina Cristiana, que en todos los libros de filosofía panteísta, antiguos y modernos, acerca de la naturaleza de Dios y del



mundo; y los hombres, que solo quisieron estudiar en estos, ignoran lo que saben perfectamente aún los niños, que aprovecharon en cualquiera escuela católica. ¡Con cuánta verdad se ha dicho por el Real Profeta: *declaratio sermonum tuorum illuminat, et intellectum dat parvulis!* La manifestación de tus palabras, Señor, ilumina, y dá entendimiento á los mismos pequeñuelos. (1)

IX.

Si las consecuencias funestas del sistema panteísta, que confunde á Dios con el mundo, son tan monstruosas, como hemos visto, comprenderéis desde luego, amados hijos Nuestros, la alta sabiduría y razón profunda, que ha presidido á su condenación en la primera parte del Syllabus. La simple exposición no puede menos de darnos á conocer que se trata de un ateísmo disfrazado, y de un fatalismo ciego, que conducen á la negación completa de Dios, y de la dignidad humana: estableciendo en todo la necesidad, con la cual es de todo punto incompatible la libertad verdadera, lo mismo que toda moralidad.

Es también consecuencia necesaria de este error el desconocimiento de la divina Providencia: de toda acción de Dios sobre el mundo y

(1) Psalm. 118. v. 130.

sobre los hombres; puesto que sustancialmente estos y aquel son una misma cosa; y el universo entero es atributo ó manifestación de Dios, según hemos visto que se esplican estos pretendidos sabios.

Digno es de observación que todas estas aberraciones de la inteligencia humana, que para vergüenza conserva tristemente escritas el gran libro de la historia, han venido siempre del inmoderado afán de independencía por parte del hombre, que quiere á todo trance huir de Dios; sustrayéndose por completo de su acción y de su autoridad. Es que, viéndole de cerca y en todas partes, teme mucho sus juicios; y quisiera á su vez eludir á cualquier costa la sanción dura de la ley santa del Señor. Este es, regularmente hablando, el origen de la negación de todo lo sobrenatural. De aquí el racionalismo absoluto, que, deificando la razón, le erige altar y la declara regla suprema é independiente, que el hombre siempre debe seguir, cuando se trata del negocio de la Religión; y negando audazmente á la vez la necesidad de la revelación divina, que demuestran de un modo ineluctable esos delirios soberbios, esas contradicciones flagrantes, esas caídas lastimosas, esos errores luctuosísimos de todos los siglos, que fueron el fruto amargo de la pobre razón, cuando estuvo abandonada á sí misma, entregada á sus propias fuerzas, sin el auxilio de la revelación de Dios, y sin la ayuda interesante de la Fé sobrenatural.



Pero en este momento Nos queremos dirigir en particular á los hijos de la Promesa, á los seguidores de la Verdad, y discípulos de la Santa Fé; volvemos la palabra muy principalmente á vosotros, Nuestros amados Diocesanos. También las huestes del error invadieron vuestro territorio; y situándose en medio del campo, y enfrente de los muros de la querida Ciudad, arrojaron sus dardos envenenados con el fin de sembrar, por doquiera la muerte espiritual en las almas. ¡Ojalá que ninguna inteligencia se hubiera extraviado, ni se hubiera corrompido corazón alguno;! pero ¡ay! que el libro malo, y el folleto, y el periódico, y el maestro de impiedad, y la secta, y la logia han producido, como era natural, sus funestos resultados; porque de mala semilla no podíamos esperar que se cosechase otra cosa, que pésimos frutos: así que, derramando la vista en derredor nuestro, no podemos menos de contemplar, transido el corazón, multitud de ruinas morales, que nos obligan á decir con el Profeta Jeremías: *¿Hæccine est urbs perfecti decoris, gaudium universæ terræ?* (1) ¿Es esta por ventura la Ciudad del perfecto decoro, alegría de toda la tierra?

Ayes son estos, amados hijos Nuestros, que se

(1) Thren. c. 2, v. 15, Samech.

escapan del corazón comprimido, y lamentaciones del alma, que recuerda tiempos mejores, costumbres patriarcales, hábitos de obediencia, y pruebas grandes de Fé: todo lo cual forma contraste con lo que vemos al presente. Pero no es Nuestro intento, ni podemos conformarnos con recordar solo el pasado, y deplorar el presente: ni menos podríamos nunca, sin hacer traición á la profesión de cristianos, y sin hacernos dignos de severa reprensión, concebir en Nuestra alma montes de odio y hazes de furor contra aquellos desventurados, causa de nuestra desdicha, que tanta guerra hicieron á la verdad, tanto daño ocasionaron en las costumbres públicas y privadas, y tantos males de toda clase acarrearón á la sociedad.

Y por otra parte, amadísimos Diocesanos, ¿quién podrá asegurar que no tiene parte alguna en la obra de iniquidad que denunciarnos? Acaso se nos podría decir aquello del Divino Salvador á los acusadores de la pecadora del Evangelio: «el que esté limpio que lance la primera piedra.» (1)

Al llegar á este punto no debemos callar: y por Nuestra parte no sabremos ocultar ni podremos olvidar un momento que os debemos el corazón: os diremos, pues, con libertad cuales son los sentimientos de Nuestra alma. Culpamos frecuentemente, hijos queridos, á los agentes del error, á los sectarios de la impiedad, y á los apóstoles y

(1) Joan. c. 8, v. 7.

maestros de falsa filosofía por la cruda guerra, que tienen declarada, y vienen haciendo constantemente á la Religión de Jesucristo, á la Iglesia Católica, que la profesa en toda su pureza y á su Cabeza Visible y Representante en la tierra, el Romano Pontífice. Mas ¡ay! pena amarga el pensarlo, y trabajo grande Nos cuesta el decirlo: quizá nosotros de algun modo seamos solidarios con aquellos hombres funestos en su sacrilega empresa.

Hemos de elevar nuestro espíritu á regiones altas y serenas; hemos de estudiar desde allí las lecciones de la Fé; recordando al mismo tiempo sus primeras enseñanzas acerca de los sucesos naturales de la vida y de los acontecimientos ordinarios del mundo; los cuales no se deben á un fatalismo ciego; pues que Dios, según la frase del Evangelio, tiene providencia aun de las aves del aire, y del lirio del campo, y lleva contados también los cabellos de nuestra cabeza.

Al concertar el Señor en su altísima sabiduría los acontecimientos del orden natural, y los del orden sobrenatural, lo ha hecho de tal manera, que hasta los grandes crímenes de la libertad humana concurren admirablemente al cumplimiento de sus planes adorables. Es verdad que vemos nuestras desgracias y contemplamos con frecuencia tristes infortunios en la vida; pero debemos alzar luego nuestra vista para columbrar sobre aquellas y sobre estos la mano omnipotente de la Divina Providencia.

Abramos el libro inspirado de la Sagrada Historia, y en él aprenderemos que en la antigua Ley el pueblo escogido de Dios reportaba insignes victorias de enemigos innumerables y muy poderosos; pero esto sucedía solamente cuando permanecía fiel, adorando al verdadero Dios en espíritu y en verdad. Por el contrario, era vencido con ignominia por enemigos débiles, cuando se olvidaba de la Ley santa. El templo maravilloso de Jerusalén, santificado con la presencia corporal de Nuestro Señor Jesucristo, no habría sido inicua-mente profanado; ni en el lugar santo habría tomado asiento la abominación; ni por último hubiera venido á tierra, siendo destruido por completo, y reducido á cenizas por el fuego puesto por el incircunciso, si no hubiera sido porque la casa de Israel amado, la descendencia del Patriarca Abraham escogido, y el pueblo de la Promesa santificado, ya no le respetaba como debía: no guardaba el día del Sábado; no era observante de la Ley; blasfemaba todos los días el nombre Santo del Señor; y no santificaba el ayuno. El Arca Santa del Testamento, consideradlo bien hijos míos, no hubiera quedado cautiva entre gentiles y postergada al más inmundo de todos los ídolos, si antes no hubiera sido objeto de poco aprecio, y aun de indiferencia para el mismo Israel.

Por consecuencia, lo que Nos importa principalmente, más que declamar á todas horas contra los hombres ímpios y perversos, sembradores



de cizaña, y maestros del error, es reconocernos á nosotros mismos dentro de nuestra conciencia, y en la presencia de Dios, quizá como los verdaderos causantes de los gravísimos males, de que aquellos son instrumentos. Lo que nos importa es desagruar á la Divina Justicia, justamente irritada contra nosotros, procurando por nuestra parte la observancia de los Mandamientos de la ley de Dios, y los Preceptos de la Santa Madre Iglesia, y el cumplimiento de todos los deberes de nuestro estado respectivo, según lo exige de nosotros la profesión de cristianos, que por dicha incomparable somos, mediante la gracia divina y los merecimientos de Nuestro Señor Jesucristo. Por último, lo que nos importa es allanar las montañas del orgullo, de la lujuria, y de todos los pecados, que se levantaron en nuestra alma seducida por la concupiscencia de la carne, por la concupiscencia de los ojos, y por la soberbia de la vida; (1) haciendo penitencia, y ahondando en nuestro corazón profundos valles de Humildad santa, de Fé pura, y de buenas obras, sin las cuales la misma Fé queda muerta en sí misma.

XI.

Afortunadamente el tiempo presente de la Santa Cuaresma nos convida á todos á la penitencia y

(1) 1.º Joan. c. 2, v. 16.

al arrepentimiento sincero de nuestros pecados; y á la mudanza de vida. Es tiempo aceptable, son dias de salud. (1) Los Sacerdotes, Ministros de Dios, lloran entre el vestíbulo y el altar, levantando sus manos al cielo, diciendo humildemente al Señor: perdona á tu pueblo. (2) «Ayúdanos, Señor nuestra salud, y por la gloria de tu nombre líbranos de nuestras culpas, apiadándote de nosotros.» (3) Prostérnense, pues, todos los espíritus en la presencia del Dios clemente, y coloquen en Él toda su esperanza. Convertíos á mí, nos dice por el Profeta Joel; pero que sea de todo vuestro corazón, con ayunos, con lágrimas y gemidos, y rasgad vuestros mismos corazones; más bien que los vestidos, con que cubrís vuestros cuerpos. (4) Convertíos á Él, por último, puesto que es benigno, y misericordioso, y paciente, y de mucha indulgencia, y siempre inclinado á suspender el castigo.

No dudeis, carísimos hijos, que Dios se aplacará con el arrepentimiento verdadero de vuestros pecados, mudanza de costumbres, y enmienda de la vida: santas disposiciones para hacer una buena confesión Sacramental de las culpas, y obtener la absolución, mediante la gracia de Nuestro Señor Jesucristo; porque escuchará nuestro ge-

(1) 2.º Cor. c. 6, v. 2.

(2) Joel c. 2, v. 17.

(3) Psalm. 78, v. 9.

(4) Joel c. 2, v. 12 et 13.

mido, como escuchó el llanto de Efrain, (1) y borrará, según su promesa, la iniquidad, y no se acordará jamás de ella desde el día de la justificación. (2) Entonces es cuando el pecador, rompiendo las cadenas, que le tuvieran aprisionado y esclavo del demonio, recobra la libertad de hijo de Dios. La confesión dolorosa, dice el Padre San Ambrosio, es la que desata los lazos de la culpa. (3)

XII.

La voz del Señor es omnipotente, (4) muy amados hijos Nuestros, y su palabra no pasará jamás (5) sin que sea puntualmente cumplida. Él dijo y todas las cosas fueron hechas: Él mandó y al punto le obedeció la nada. (6) Por esto decía el Apóstol San Pablo que era igualmente fácil al Señor llamar las cosas que son, como las que no han recibido el ser. (7) Es la voz que hizo el cielo y tierra, la luz y el aire, los ríos y el mar. Es la voz como de trueno, que troncha á los cedros del Líbano: (8) es la voz que, como rocío,

- (1) 1 Paralipom. c. 7 v. 22.
- (2) Isai. c. 43. v. 25.
- (3) S. Ambrosii. De Pœnit. lib. 2, cap. 6.
- (4) Psalm. 28. v. 4.
- (5) Matth. c. 24, v. 35.
- (6) Psalm. 118, v. 5.
- (7) Rom. c. 4, v. 17.
- (8) Psalm. 28, v. 5.

apaga el ardor del fuego; (1) es la voz que cura al enfermo; (2) que abre el oído al sordo; (3) que da movimiento al paralítico; (4) es la voz que resucita á los muertos: (5) por último, es la voz que perdona las culpas y justifica al pecador. (6) Pues hoy, si oís esta voz, amados Nuestros, no endurezcáis el corazón. (7) La voz del Señor os habla por Nuestro ministerio: está escrito: el que á vosotros oye, me oye á mí, y el que desprecia vuestras palabras, hace desprecio á las mías. Óyela, pues, amado pueblo: ¿no es bastante, dice el Señor, que seais molestos á vosotros mismos, y á vuestro prójimo, sino que tambien quereis disgustar y ofender á Dios Nuestro Señor? (8)

Ea, pues, prevaricadores, pensad seriamente en los juicios de Dios, y entrad en los secretos de vuestro corazón. (9) Ha llegado el tiempo de la penitencia. Hora es de que trateis de edificar la Casa del Señor, destruida en vuestras almas por causa del pecado: (10) hora es de que os aparteis con toda eficacia de esas ocasiones pecaminosas, en que puestos por vuestra voluntad ofendeis gravemente al mismo Dios: hora es de que os

- (1) Psalm. 28, v. 7.
- (2) Matth. c. 8, v. 13.
- (3) Marc. c. 7, vs. 34 et 35.
- (4) Matth. c. 9, v. 6.
- (5) Marc. c. 5, v. 41.
- (6) Matth. c. 9, v. 2.
- (7) Psalm. 94, v. 8.
- (8) Isaias c. 7, v. 13.
- (9) Isai. c. 46, v. 8.
- (10) Aggai c. 1, v. 8.

separéis con resolución de las malas compañías, de esos amigos funestos, que arruinan vuestra alma incitándoos al mal con frecuencia: hora es de que huyais llenos de espanto de las sociedades secretas, abominables á los ojos de Dios, antros de impiedad, condenados sapientísimamente por el Vicario de Jesucristo en época reciente, porque han llegado con toda insolencia, á declarar la guerra á Dios y á su Cristo: hora es de que renunciéis por completo á las lecturas perniciosas, que desgraciadamente abundan ocasionando males incalculables y gravísimos; de los cuales han de dar cuenta muy estrecha, los que pudiendo estorbarlas ó impedir las, no lo verifican alegando fútiles pretextos; y sin recordar que en esas lecturas, ó se ofende á las buenas costumbres, ó se ataca á la religión de Jesucristo, sus dogmas, y la santa disciplina de la Iglesia; cuya autoridad en el orden moral y religioso está sobre todas las autoridades del mundo: hora es ya de obedecer á esa misma autoridad de la Iglesia, que ejercida por sus Pastores, y especialmente por el Romano Pontífice, tiene reprobadas una y mil veces aquellas lecturas, ya se contengan en libros, ya en hojas sueltas, ya en revistas, periódicos ó de cualquiera otra manera; por el gran peligro de perversión, que siempre hay en todas ellas.

Ha sonado la hora de la penitencia, amados hijos Nuestros; y por tanto, tiempo es de enderezar los caminos torcidos de iniquidad; practicando la justicia; restituyendo á su legítimo dueño lo

que sea mal adquirido, y compensando debidamente lo que hubiésemos damnificado, respetándole siempre en su honra y en la posesión de sus legítimos derechos. Tiempo es de mortificación, de ayuno y de limosna. Sea, pues, como dice San León, refección del pobre la abstinencia del que ayuna; (1) y de este modo emplearemos nuestros bienes superfluos en el socorro caritativo del necesitado, del huérfano, de la viuda, del oprimido, y del enfermo. No olvidemos que el que practica la caridad permanece en Dios, y Dios en él. (2)

Además en este santo tiempo de Cuaresma es necesario frecuentar la Casa de Dios, oír la explicación del Santo Evangelio y recordar el Catecismo de la Doctrina Cristiana; y esto no solo por parte de aquellos pequeños, que se disponen para confesar, ó tal vez para hacer la primera comunión; sino muy especialmente exhortamos en el Señor, y con todo el encarecimiento, que podemos, á los padres y madres de familia, á los hombres de ciencia y á los ignorantes, y en general á todos Nuestros Diocesanos, para que, recordando con el repaso frecuente del Catecismo la ley de Dios y los preceptos de la Iglesia, y los artículos de nuestra Santa Fé, y las hermosas y nunca bastantemente recomendadas sublimes enseñanzas contenidas en ese pequeño Libro, se dispongan

(1) Serm. II de Jejunio decimi mens.

(2) 1.º Joan c. 4.º v. 16.

convenientemente no solo para la confesión fructuosa de sus pecados, sino también para la digna Comunión del Cuerpo de Nuestro Señor Jesu-
cristo, Autor y Consumador de la Fé; y cuya gracia Nos ha de fortalecer en todo el tiempo de nuestra vida en el mundo, y nos ha de preparar para la futura de la eternidad. Este es Nuestro deseo; en prenda del cual os damos la bendición Pastoral en el Nombre del Padre † y del Hijo † y del Espíritu Santo † Amen.

Dada en Nuestro Palacio Episcopal de Pamplona, Miércoles de Ceniza del año mil ochocientos ochenta y ocho.

† **ANTONIO**, OBISPO DE PAMPLONA.

Por mandado de Su S.^a Illma. el Obispo mi Señor,

Dr. Manuel Limón y Castro,

Canónigo, Secretario.

Esta Carta Pastoral será leída al pueblo por Nuestros Párrocos al Ofertorio de la Misa Mayor, en uno ó varios dias festivos después de recibida; procurando insistir en los diversos conceptos que se contienen en ella en las ocasiones oportunas.

